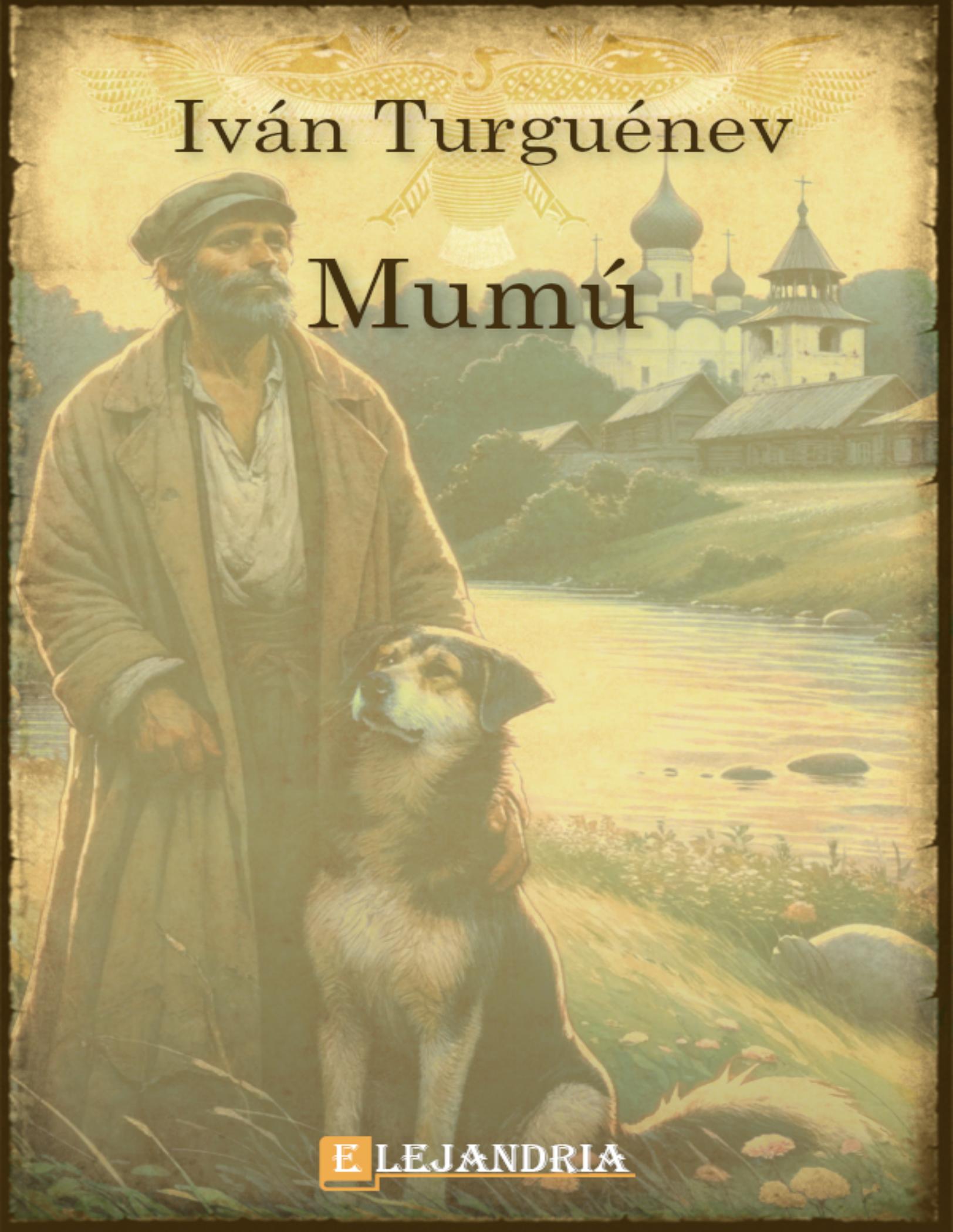




Iván Turguénev

Mumú

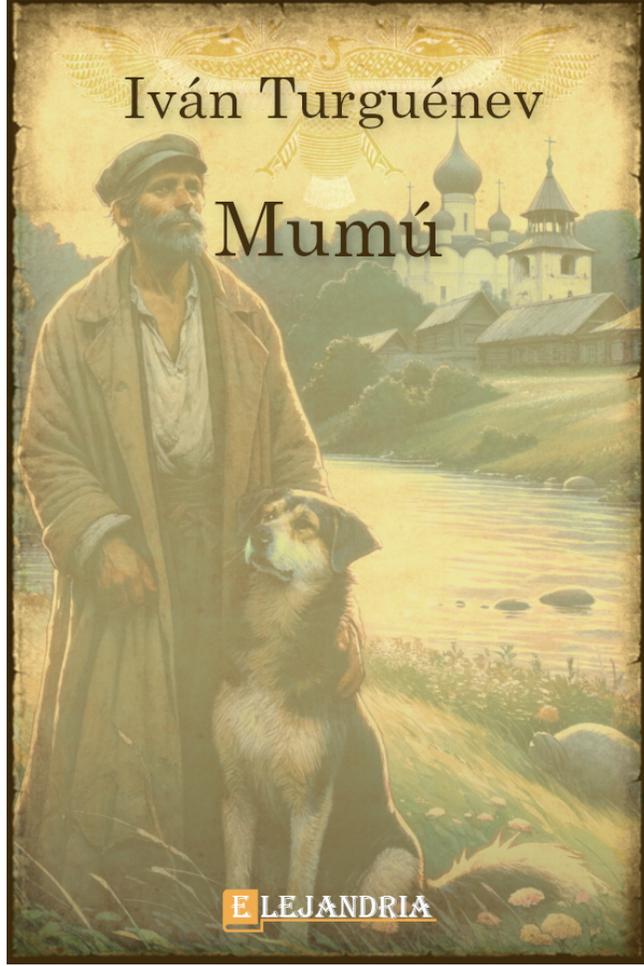


E LEJANDRIA

Iván Turguénev

Mumú

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

MUMÚ

IVÁN TURGUÉNEV

PUBLICADO: 1854

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: CHARLES SCRIBNER'S SONS, 1898

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

MUMÚ

IVÁN TURGUÉNEV

En una de las calles periféricas de Moscú, en una casa gris con columnas blancas y un balcón torcido, vivía una vez una dama, viuda, rodeada de un numeroso séquito de siervos. Sus hijos estaban en el servicio gubernamental en San Petersburgo; sus hijas estaban casadas; salía muy poco y en soledad vivía los últimos años de su avariciosa y triste vejez. Su día, un día sin alegrías y sombrío, había pasado hace tiempo; pero el atardecer de su vida era más negro que la noche.

De todos sus sirvientes, la figura más notable era el portero, Gerasim, un hombre de doce pulgadas por encima de la estatura normal, de constitución heroica, y sordo y mudo de nacimiento. La dama, su dueña, lo había traído del pueblo donde vivía solo en una pequeña choza, aparte de sus hermanos, y era considerado el más puntual de sus campesinos en el pago de los derechos señoriales. Dotado de una fuerza extraordinaria, hacía el trabajo de cuatro hombres; el trabajo volaba de sus manos, y era un espectáculo agradable verlo cuando estaba arando, mientras, con sus enormes palmas presionando fuerte el arado, parecía solo, sin la ayuda de su pobre caballo, partir el seno cedente de la tierra, o cuando, alrededor del Día de San Pedro, manejaba su guadaña con una energía furiosa que podría haber arrancado de raíz un joven bosque

de abedules, o manejaba incansablemente un mayal de más de dos yardas de largo; mientras los duros músculos oblongos de sus hombros subían y bajaban como una palanca. Su silencio perpetuo le daba una solemne dignidad a su incansable labor. Era un campesino espléndido, y, excepto por su aflicción, cualquier chica habría estado contenta de casarse con él... Pero ahora habían llevado a Gerasim a Moscú, le compraron botas, le hicieron un abrigo con falda para el verano, una piel de oveja para el invierno, pusieron en su mano una escoba y una pala, y lo nombraron portero.

Al principio, detestaba intensamente su nuevo modo de vida. Desde su infancia había estado acostumbrado al trabajo del campo, a la vida del pueblo. Aislado por su aflicción de la sociedad de los hombres, había crecido, mudo y poderoso, como crece un árbol en un suelo fértil. Cuando fue trasladado a la ciudad, no podía entender qué se estaba haciendo con él; estaba miserable y aturdido, con el aturdimiento de algún joven toro fuerte, sacado directamente del prado, donde la hierba rica le llegaba hasta el vientre, sacado y puesto en el vagón de un tren, y allí, mientras humo y chispas y ráfagas de vapor salen sobre la robusta bestia, es llevado a toda velocidad, rugiendo y silbando, a dónde—¡Dios sabe! Lo que Gerasim tenía que hacer en sus nuevas tareas le parecía una nimiedad después de su duro trabajo como campesino; en media hora todo su trabajo estaba hecho, y una vez más se quedaba quieto en medio del patio, mirando boquiabierto a todos los transeúntes, como si intentara arrancarles la explicación de su desconcertante situación; o de repente se iba a algún rincón, y lanzando lejos la escoba o la pala, se tiraba boca abajo en el suelo, y yacía durante horas sin moverse, como una bestia enjaulada. Pero el hombre se acostumbra a todo, y Gerasim finalmente se acostumbró a vivir en la ciudad. Tenía poco trabajo que hacer; su deber completo consistía en mantener limpio el patio, traer un barril de agua dos veces al día, partir y arrastrar leña para la cocina y la casa, mantener fuera a los extraños y vigilar de noche. Y debe decirse que hacía su deber con celo. En su patio nunca había una viruta tirada, nunca un grano de polvo; si a veces, en la temporada de barro, el miserable viejo

caballo, puesto bajo su cargo para buscar agua, se atascaba en el camino, simplemente lo empujaba con el hombro, y ponía en movimiento no solo el carro sino también al caballo mismo. Si se ponía a cortar leña, el hacha resonaba como cristal, y las astillas y trozos volaban en todas direcciones. Y en cuanto a los extraños, después de que una noche atrapó a dos ladrones y golpeó sus cabezas juntas—las golpeó de tal manera que no había la menor necesidad de llevarlos a la estación de policía después—todos en el vecindario comenzaron a respetarlo mucho; incluso aquellos que venían durante el día, no precisamente ladrones, sino simplemente personas desconocidas, a la vista del terrible portero, agitaban y gritaban como si él pudiera oír sus gritos. Con todos los demás sirvientes, Gerasim estaba en términos no precisamente amistosos—le tenían miedo—pero sí familiares; se explicaban con él por señas, y él los entendía, y ejecutaba exactamente todas las órdenes, pero también conocía sus propios derechos, y pronto nadie se atrevió a tomar su asiento en la mesa. Gerasim era de un temperamento estricto y serio, le gustaba el orden en todo; incluso los gallos no se atrevían a pelear en su presencia, ¡o se las verían! En cuanto los veía, los agarraba por las patas, los giraba diez veces en el aire como una rueda, y los lanzaba en direcciones diferentes. También había gansos en el patio; pero el ganso, como es bien sabido, es un ave digna y razonable; Gerasim sentía respeto por ellos, los cuidaba y los alimentaba; él mismo no era muy diferente a un ganso de las estepas. Se le asignó un pequeño ático sobre la cocina; lo arregló a su gusto, hizo una cama de tablones de roble sobre cuatro tocones de madera para las patas—una cama verdaderamente titánica; se podría haber puesto una o dos toneladas sobre ella—no se habría doblado bajo la carga; debajo de la cama había un baúl sólido; en un rincón había una mesita del mismo tipo fuerte, y cerca de la mesa un taburete de tres patas, tan sólido y compacto que Gerasim mismo a veces lo levantaba y lo dejaba caer de nuevo con una sonrisa de deleite. El ático se cerraba con un candado que parecía un kalatch o pan en forma de cesta, solo que negro; la llave de este candado Gerasim siempre la llevaba consigo en su cinturón. No le gustaba que la gente viniera a su ático.

Así pasó un año, al final del cual le ocurrió un pequeño incidente a Gerasim.

La anciana dama, en cuyo servicio vivía como portero, se adhería en todo a las antiguas costumbres y mantenía un gran número de sirvientes. En su casa no solo había lavanderas, costureras, carpinteros, sastres y sastras, sino que incluso había un fabricante de arneses, que también se consideraba como veterinario, y un médico para los sirvientes; había un médico de cabecera para la señora; finalmente, había un zapatero, de nombre Kapiton Klimov, un triste borracho. Klimov se consideraba a sí mismo como una criatura perjudicada, cuyos méritos no eran apreciados, un hombre cultivado de San Petersburgo, que no debía estar viviendo en Moscú sin ocupación, por decirlo de algún modo, en la selva; y si bebía, como él mismo lo expresaba enfáticamente, con un golpe en su pecho, era la tristeza lo que lo llevaba a ello. Así que un día su señora tuvo una conversación sobre él con su mayordomo principal, Gavrila, un hombre que, juzgando solo por sus pequeños ojos amarillos y nariz como pico de pato, el destino mismo, parecía, había marcado como una persona de autoridad. La dama expresó su pesar por la corrupción de las costumbres de Kapiton, quien, solo la noche anterior, había sido recogido en alguna calle.

"Ahora, Gavrila," observó de repente, "ahora, si lo casáramos, ¿qué piensas, quizás sería más estable?"

"¿Por qué no casarlo, en efecto, señora? Se podría casar, señora," respondió Gavrila, "y sería muy bueno, ciertamente, señora."

"Sí; solo que, ¿quién va a casarse con él?"

"Ay, señora. Pero eso está a su placer, señora. De todos modos, se puede decir, puede ser necesario para algo; no se le puede dejar a la deriva por completo."

"Me imagino que le gusta Tatiana." Gavrila estaba a punto de hacer algún comentario, pero cerró los labios con fuerza.

"¡Sí! ... que se case con Tatiana," decidió la dama, tomando una pizca de rapé complacida, "¿Entiendes?"

"Sí, señora," articuló Gavrilá, y se retiró.

Volviendo a su propia habitación (estaba en una pequeña cabaña y estaba casi llena de baúles con bordes metálicos), Gavrilá primero envió a su esposa lejos y luego se sentó en la ventana y reflexionó. El inesperado arreglo de su señora claramente lo había puesto en dificultades. Al final se levantó y envió a llamar a Kapiton. Kapiton hizo su aparición... Pero antes de relatar su conversación al lector, consideramos que no está de más relatar en pocas palabras quién era esta Tatiana, con quien Kapiton iba a casarse, y por qué la orden de la gran dama había perturbado al mayordomo.

Tatiana, una de las lavanderas mencionadas anteriormente (como lavandera entrenada y hábil estaba a cargo solo de la ropa fina), era una mujer de veintiocho años, delgada, rubia, con lunares en su mejilla izquierda. Los lunares en la mejilla izquierda se consideran de mal augurio en Rusia, un signo de vida desgraciada... Tatiana no podía presumir de su buena suerte. Desde su más temprana juventud había sido maltratada; había hecho el trabajo de dos y nunca había conocido el afecto; había estado mal vestida y había recibido los salarios más bajos. Prácticamente no tenía familiares; una vez tuvo un tío, un mayordomo, dejado atrás en el campo por inútil, y otros tíos suyos eran campesinos, eso era todo. En un tiempo pasó por ser una belleza, pero su buena apariencia pronto se desvaneció. En cuanto a su carácter, era muy mansa, o más bien, asustadiza; hacia sí misma sentía una completa indiferencia; de los demás, tenía un miedo mortal; no pensaba en nada más que en cómo terminar su trabajo a tiempo, nunca hablaba con nadie y temblaba solo con el nombre de su señora, aunque esta última apenas la conocía de vista. Cuando Gerasim fue traído del campo, ella estaba lista para morir de miedo al ver su enorme figura, intentaba por todos los medios evitar encontrarse con él, incluso bajaba los párpados cuando a veces tenía que pasar corriendo por su lado, apurada de la casa a la lavandería. Gerasim al principio no le prestó especial atención, luego empezó a sonreír cuando ella pasaba por su camino, después comenzó incluso a mirarla con admiración, y al final nunca le quitaba los ojos de encima. Ella le

gustó, ya fuera por la expresión suave de su rostro o la timidez de sus movimientos, ¿quién puede decirlo? Así que un día, mientras ella cruzaba el patio, con una chaqueta almidonada de su señora cuidadosamente equilibrada en sus dedos extendidos... alguien de repente la agarró vigorosamente del codo; se giró y gritó; detrás de ella estaba Gerasim. Con una sonrisa tonta, haciendo gruñidos cariñosos inarticulados, le tendió un gallo de jengibre con oropel dorado en la cola y las alas. Ella estaba a punto de rechazarlo, pero él lo empujó con fuerza en su mano, sacudió la cabeza, se alejó y, al girarse, una vez más gruñó algo muy cariñosamente hacia ella. Desde ese día en adelante no le dio paz; dondequiera que iba, él aparecía al instante, viniendo a su encuentro, sonriendo, gruñendo, agitando las manos; de repente sacaba una cinta del pecho de su blusa y se la ponía en la mano, o barría el polvo de su camino. La pobre chica simplemente no sabía cómo comportarse o qué hacer. Pronto todo el hogar supo de las artimañas del portero mudo; burlas, chistes, insinuaciones sutiles, se lanzaban sobre Tatiana. Sin embargo, no todos se atrevían a burlarse de Gerasim; no le gustaban las bromas; de hecho, en su presencia, a ella también la dejaban en paz. Le gustara o no, la chica se encontró bajo su protección. Como todos los sordomudos, era muy desconfiado y percibía muy fácilmente cuando se reían de él o de ella. Un día, en la cena, la encargada del vestuario, superior de Tatiana, comenzó a regañarla, como se dice, y llevó a la pobre a tal estado que no sabía dónde mirar, y estaba casi llorando de frustración. Gerasim se levantó de repente, extendió su gigantesca mano, la puso sobre la cabeza de la encargada del vestuario, y miró a su cara con tal ferocidad sombría que su cabeza literalmente cayó sobre la mesa. Todos se quedaron quietos.

Gerasim volvió a tomar su cuchara y continuó con su sopa de col. "Mira a ese diablo mudo, el demonio del bosque", murmuraban todos en voz baja, mientras la encargada del vestuario se levantaba y salía hacia la habitación de las sirvientas. En otra ocasión, al notar que Kapiton —el mismo Kapiton que fue sujeto de la conversación mencionada anteriormente— estaba charlando de manera algo

demasiado atenta con Tatiana, Gerasim le hizo señas, lo llevó al cobertizo de los carros y, tomando un eje que estaba parado en una esquina por un extremo, ligeramente, pero de manera muy significativa, lo amenazó con él. Desde entonces, nadie le dirigió la palabra a Tatiana. Y todo esto no le costó nada. Es verdad que la encargada del vestuario, en cuanto llegó a la habitación de las sirvientas, inmediatamente cayó en un desmayo, y se comportó de tal manera que la acción brusca de Gerasim llegó al conocimiento de su señora ese mismo día. Pero la caprichosa anciana solo se rió, y varias veces, para gran ofensa de la encargada del vestuario, la obligó a repetir "cómo te inclinó la cabeza con su pesada mano", y al día siguiente le envió a Gerasim un rublo. Lo consideraba con favor como un guardián fuerte y fiel. Gerasim tenía un considerable respeto por ella, pero, aun así, tenía esperanzas en su favor y se estaba preparando para ir a ella con una petición para casarse con Tatiana. Solo estaba esperando un nuevo abrigo, prometido por el mayordomo, para presentarse adecuadamente ante su señora, cuando esta misma señora de repente se le ocurrió casar a Tatiana con Kapiton.

El lector ahora comprenderá fácilmente la perturbación mental que invadió al mayordomo Gavrila después de su conversación con su señora.

"Mi señora", pensó mientras se sentaba en la ventana, "favorable a Gerasim, es cierto" —(Gavrila era bien consciente de esto, y por eso él mismo lo miraba con un ojo indulgente)— "aun así, es una criatura sin habla. Realmente, no podría exponer ante la señora que Gerasim corteja a Tatiana. Pero, después de todo, es bastante cierto; es un tipo extraño de marido. Pero por otro lado, ese diablo, Dios me perdone, solo tiene que enterarse de que están casando a Tatiana con Kapiton, destrozará todo en la casa, ¡por mi alma! No hay razonamiento con él; vaya, es tal diablo, Dios me perdone mis pecados, no hay manera de superarlo, de ninguna manera... ¡por mi alma!"

La entrada de Kapiton interrumpió el hilo de las reflexiones de Gavrila. El zapatero disipado entró, con las manos detrás de él, y apoyándose despreocupadamente contra un ángulo saliente de la pared, cerca de la puerta, cruzó su pie derecho frente a su izquierdo y lanzó su cabeza hacia atrás, como diciendo, "¿Qué quieres?"

Gavrila miró a Kapiton y tamborileó con sus dedos en el marco de la ventana. Kapiton simplemente cerró un poco sus ojos plomizos, pero no bajó la mirada; incluso sonrió ligeramente y pasó su mano por sus mechones blanquecinos que sobresalían en todas direcciones. "Bueno, aquí estoy. ¿Qué pasa?"

"Eres un buen mozo," dijo Gavrila, y se detuvo. "Un buen mozo eres, no se puede negar."

Kapiton solo encogió un poco sus hombros.

"¿Te consideras mejor, eh?" pensó para sí mismo.

"Mira nada más cómo estás, mírate,"

Gavrila continuó reprochándole; "ahora, ¿a qué te pareces?"

Kapiton observó serenamente su abrigo desgastado y raído y sus pantalones remendados, y con especial atención miró sus botas rotas, especialmente la del pie derecho, tan graciosamente apoyada en la punta, y fijó de nuevo sus ojos en el mayordomo.

"¿Y bien?"

"¿Y bien?" repitió Gavrila. "¿Y bien? ¿Y luego dices y bien? Pareces el mismísimo diablo, que Dios me perdone por decirlo, eso es lo que pareces."

Kapiton parpadeó rápidamente.

"Sigue insultándome, sigue, si quieres, Gavrila Andréievich," pensó para sí mismo de nuevo.

"Aquí has estado borracho de nuevo," comenzó Gavrila, "borracho otra vez, ¿no es así? Eh? ¡Vamos, respóndeme!"

"Debido a la debilidad de mi salud, me he expuesto a las bebidas espirituosas, ciertamente," respondió Kapiton.

"¡Debido a la debilidad de tu salud! . . . Te han tratado con demasiada suavidad, eso es lo que pasa; y has sido aprendiz en San Petersburgo. . . . ¡Mucho que aprendiste en tu aprendizaje! Simplemente comes tu pan en la ociosidad."

"En ese asunto, Gavrila Andréievich, hay Uno que me juzgará, el Señor Dios mismo, y nadie más. Él también sabe qué tipo de hombre soy en este mundo, y si como mi pan en la ociosidad. Y en cuanto a tu contención sobre la embriaguez, en ese asunto, también, no tengo la culpa, sino más bien un amigo; él me llevó a la tentación, pero fue diplomático y se escapó, mientras yo . . ."

"Mientras te quedabas como un ganso, en la calle. ¡Ah, eres un hombre disoluto! Pero ese no es el punto," continuó el mayordomo, "tengo algo que decirte. Nuestra señora . . ." aquí hizo una pausa un minuto, "es el deseo de nuestra señora que te cases. ¿Entiendes? Ella imagina que podrías ser más estable cuando estés casado. ¿Entiendes?"

"Claro que entiendo."

"Bueno, entonces. Por mi parte pienso que sería mejor darte una buena paliza. Pero allí está, es asunto de ella. ¿Estás de acuerdo?"

Kapiton sonrió.

"El matrimonio es una excelente cosa para cualquiera, Gavrila Andréievich; y, por lo que a mí respecta, estaré completamente de acuerdo."

"Muy bien, entonces," respondió Gavrila, mientras reflexionaba para sí mismo: "No se puede negar que el hombre se expresa muy correctamente. Solo hay una cosa," continuó en voz alta: "la esposa que nuestra señora ha elegido para ti es una elección desafortunada."

"¿Y quién es ella, si me permite preguntar?"

"Tatiana."

"¿Tatiana?"

Y Kapiton abrió los ojos y se alejó un poco de la pared.

"Bueno, ¿por qué te alteras tanto?... ¿No es de tu gusto, eh?"

"¿Que si no es de mi gusto, dices, Gavriila Andréievich? Ella está bien, una chica trabajadora y constante... Pero tú mismo lo sabes muy bien, Gavriila Andréievich, ese tipo, ese salvaje del bosque, ese monstruo de las estepas, él la persigue, lo sabes..."

"Lo sé, compañero, lo sé todo," el mayordomo lo cortó en tono de molestia: "pero ahí ves..."

"Pero por mi alma, Gavriila Andréievich! él me matará, por Dios, me matará, me aplastará como a una mosca; tiene un puño, mira tú mismo qué puño tiene; simplemente tiene un puño como el de Minin Pozharski. Ves que es sordo, golpea y no oye cómo está golpeando! Agita sus grandes puños, como si estuviera dormido. Y no hay posibilidad de apaciguarlo; ¿y por qué? Porque, como tú mismo sabes, Gavriila Andréievich, es sordo, y además, tiene menos entendimiento que el talón de mi pie. Vaya, es una especie de bestia, un ídolo pagano, Gavriila Andréievich, y peor... un trozo de madera; ¿qué he hecho para tener que sufrir por él ahora? Seguro que es, todo ha terminado para mí ahora; he vagado, he tenido suficiente con lo que aguantar, he sido golpeado como una olla de barro, pero aún así, soy un hombre, después de todo, y no una olla sin valor."

"Lo sé, lo sé, no sigas hablando..."

"¡Señor, mi Dios!" el zapatero continuó con vehemencia, "¿cuándo es el final? ¿cuándo, oh Señor? Soy un pobre miserable, un pobre desdichado cuyos sufrimientos no tienen fin. ¡Qué vida, qué vida ha sido la mía, pensándolo bien! En mi juventud, fui golpeado por un alemán al que fui aprendiz; en la plenitud de la vida, golpeado por mis propios compatriotas, y por último, en la madurez, mira a lo que he sido llevado..."

"¡Ugh, tú alma débil!" dijo Gavrila Andréievich. "¿Por qué haces tantas palabras al respecto?"

"¿Por qué, dices, Gavrila Andréievich? No es el golpe lo que temo, Gavrila Andréievich. Un caballero puede castigarme en privado, pero darme una palabra civil delante de la gente, y sigo siendo un hombre; pero mira ahora, con quién tengo que tratar..."

"Vamos, sigue adelante," interrumpió Gavrila impacientemente. Kapiton se dio la vuelta y se tambaleó.

"Pero, si no fuera por él," el mayordomo gritó tras él, "¿estarías de acuerdo por tu parte?"

"Manifiesto mi aquiescencia," replicó Kapiton mientras desaparecía. Su fino lenguaje no lo abandonaba, incluso en las situaciones más difíciles. El mayordomo caminó varias veces de un lado a otro de la habitación.

"Bueno, llama a Tatiana ahora," dijo al fin. Unos instantes después, Tatiana subió casi sin hacer ruido y estaba parada en la puerta.

"¿Cuáles son sus órdenes, Gavrila Andréievich?" dijo con una voz suave. El mayordomo la miró intensamente.

"Bueno, Taniusha," dijo, "¿te gustaría casarte? Nuestra señora ha elegido un esposo para ti."

"Sí, Gavrila Andréievich. ¿Y a quién ha tenido a bien nombrar como esposo para mí?" añadió titubeante.

"Kapiton, el zapatero."

"Sí, señor."

"Es un cabeza de alfiler, eso es seguro. Pero es justo por eso que la señora cuenta contigo."

"Sí, señor."

"Hay una dificultad... sabes el hombre sordo, Gerasim, te está cortejando, ves. ¿Cómo lograste hechizar a tal oso? Pero ves, te

matará, muy probablemente, es tal oso..."

"Me matará, Gavrila Andréievich, me matará, sin duda alguna."

"¿Matarte?... Bueno, veremos eso. ¿Qué quieres decir con que te matará? ¿Tiene algún derecho a matarte? Dime tú misma."

"No sé, Gavrila Andréievich, si tiene algún derecho o no."

"¡Qué mujer! Supongo que no le has hecho ninguna promesa..."

"¿Qué se complace en preguntarme?"

El mayordomo guardó silencio por un momento, pensativo. "¡Eres un alma mansa! Bueno, eso está bien," dijo en voz alta; "hablaremos otra vez contigo más tarde, ahora puedes irte, Taniusha; veo que ciertamente no eres rebelde."

Tatiana se giró, se estabilizó un poco contra el marco de la puerta y se fue.

"Y, tal vez, nuestra señora se olvide de este matrimonio para mañana," pensó el mayordomo; "¡y aquí estoy yo preocupándome por nada! En cuanto a ese insolente, debemos atarlo si llega a eso, debemos informar a la policía... ¡Ustinya Fyedorovna!" gritó en voz alta a su esposa, "calienta el samovar, alma buena..." Tatiana apenas salió de la lavandería todo el día. Al principio empezó a llorar, luego se secó las lágrimas y se puso a trabajar como antes. Kapiton se quedó hasta tarde en la noche en la taberna con un amigo suyo, un hombre de aspecto sombrío, a quien relató en detalle cómo solía vivir en San Petersburgo con un caballero, que habría estado bien, excepto por ser un poco demasiado estricto, y tenía un pequeño defecto además, le gustaba demasiado beber; y, en cuanto al sexo opuesto, no se detenía ante nada. Su sombrío compañero simplemente decía que sí; pero cuando Kapiton anunció al final que, en un cierto evento, tendría que quitarse la vida al día siguiente, su sombrío compañero señaló que era hora de irse a dormir. Y se separaron en un silencio hosco.

Mientras tanto, las anticipaciones del mayordomo no se cumplieron. La anciana estaba tan ocupada con la idea del

matrimonio de Kapiton, que incluso en la noche no hablaba de otra cosa con una de sus compañeras, que se mantenía en su casa solamente para entretenerla en caso de insomnio, y, como un cochero nocturno, dormía durante el día. Cuando Gavrila se acercó a ella después del té matutino con su informe, su primera pregunta fue:

"¿Y cómo va lo de nuestra boda? ¿Todo marcha bien?" Él respondió, por supuesto, que todo marchaba de primera y que Kapiton aparecería ante ella ese día para rendirle reverencia. La anciana no estaba del todo bien; no dedicaba mucho tiempo a los asuntos. El mayordomo volvió a su habitación y convocó un consejo. El asunto ciertamente requería una consideración seria. Tatiana no haría dificultades, por supuesto; pero Kapiton había declarado ante todos que solo tenía una cabeza para perder, no dos o tres... Gerasim lanzaba miradas rápidas y sombrías a todos, no se movía de los escalones de la cuadra de las sirvientas y parecía adivinar que se tramaba alguna maldad contra él. Se reunieron. Entre ellos estaba un viejo camarero de aparador, apodado Tío Cola, a quien todos miraban respetuosamente en busca de consejo, aunque todo lo que obtenían de él era: "¡Vaya situación! desde luego, desde luego, desde luego!" Como medida de seguridad preliminar, para prevenir contingencias, encerraron a Kapiton en el trastero donde se guardaba el filtro; luego consideraron la cuestión con la mayor deliberación. Sería, desde luego, fácil recurrir a la fuerza. Pero ¡Dios nos libre! habría un alboroto, la señora se molestaría, ¡sería horrible! ¿Qué deberían hacer? Pensaron y pensaron, y al final idearon una solución. Se había observado muchas veces que Gerasim no podía soportar a los borrachos... Cuando se sentaba en las puertas, siempre giraba con disgusto cuando alguien pasaba intoxicado, con pasos inestables, su gorra ladeada sobre una oreja. Resolvieron que Tatiana debía fingir estar ebria y pasar por delante de Gerasim tambaleándose y zigzagueando. La pobre chica se negó durante mucho tiempo a aceptar esto, pero al final la convencieron; también vio que era la única forma posible de deshacerse de su adorador. Salió. Kapiton fue liberado del trastero; después de todo, él tenía

interés en el asunto. Gerasim estaba sentado en el bordillo de las puertas, raspando el suelo con una pala... Desde detrás de cada esquina, desde detrás de cada persiana, los demás lo observaban... El truco tuvo éxito más allá de todas las expectativas. Al ver a Tatiana, al principio, la saludó como de costumbre, haciendo sonidos cariñosos inarticulados; luego la miró atentamente, soltó su pala, se levantó, se acercó a ella, acercó su cara a la de ella... En su miedo, ella se tambaleó más que nunca y cerró los ojos... Él la tomó del brazo, la giró a través del patio y, entrando en la habitación donde había estado sentado el consejo, la empujó directamente hacia Kapitón. Tatiana se desmayó por completo... Gerasim se quedó mirando, agitó la mano, rió y se fue, pisando fuerte, hacia su desván... Durante las próximas veinticuatro horas no salió de allí. El postillón Antipka dijo después que vio a Gerasim a través de una grieta en la pared, sentado en su camastro, con la cara en la mano. De vez en cuando emitía sonidos suaves y regulares; estaba lamentándose, es decir, se balanceaba hacia adelante y hacia atrás con los ojos cerrados y sacudiendo la cabeza como hacen los conductores o los barqueros cuando cantan sus canciones melancólicas. Antipka no pudo soportarlo y se alejó de la grieta. Cuando Gerasim salió del desván al día siguiente, no se pudo observar ningún cambio particular en él. Solo parecía, por así decirlo, más taciturno, y no prestaba la menor atención a Tatiana o Kapitón. Esa misma noche, ambos tuvieron que presentarse ante su señora con gansos bajo sus brazos, y en una semana se casaron. Incluso el día de la boda, Gerasim no mostró ningún cambio en su comportamiento. Solo, volvió del río sin agua, de alguna manera había roto el barril en el camino; y por la noche, en el establo, lavó y frotó a su caballo tan vigorosamente, que se balanceaba como una hoja de hierba al viento, y tambaleaba de una pata a otra bajo sus puños de hierro.

Todo esto había ocurrido en primavera. Pasó otro año durante el cual Kapitón se convirtió en un borracho irremediable y, al ser absolutamente inútil para cualquier cosa, fue enviado con los vagones de almacenamiento a un pueblo distante con su esposa. El

día de su partida, al principio se lo tomó muy bien, y declaró que siempre estaría en casa, lo enviaran donde lo enviaran, incluso al otro extremo del mundo; pero más tarde perdió el ánimo, comenzó a quejarse de que lo llevaban con gente sin educación, y al final colapsó por completo hasta el punto de que ni siquiera podía ponerse su propio sombrero. Algún alma caritativa se lo colocó en la frente, ajustó la visera al frente y lo empujó hacia abajo con una palmada desde arriba. Cuando todo estaba completamente listo, y los campesinos ya tenían las riendas en sus manos, y solo esperaban las palabras "¡Con la bendición de Dios!" para partir, Gerasim salió de su desván, se acercó a Tatiana y le dio como regalo de despedida un pañuelo de algodón rojo que había comprado para ella un año atrás. Tatiana, que hasta ese momento había soportado todos los detalles repugnantes de su vida con gran indiferencia, no pudo controlarse ante eso; rompió a llorar, y al tomar asiento en el carro, besó a Gerasim tres veces como una buena cristiana. Él tenía la intención de acompañarla hasta la barrera de la ciudad y caminó un rato al lado de su carro, pero se detuvo de repente en el vado de Crimea, hizo un gesto con la mano y se alejó caminando a lo largo de la orilla del río.

Se acercaba el atardecer. Caminaba despacio, observando el agua. De repente, le pareció que algo se debatía en el lodo cerca de la orilla. Se inclinó para ver mejor y vio un pequeño cachorro blanco y negro que, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía salir del agua; luchaba, resbalaba hacia atrás y temblaba por todo su delgado y mojado cuerpecito. Gerasim miró al desafortunado perrito, lo recogió con una mano, lo puso en el pecho de su abrigo y se apresuró a grandes pasos hacia su casa. Entró en su desván, puso al cachorro rescatado en su cama, lo cubrió con su grueso abrigo, corrió primero al establo por paja y luego a la cocina por una taza de leche. Con cuidado, retiró el abrigo, extendió la paja y puso la leche en la cama. El pobre cachorrito no tenía más de tres semanas, apenas había abierto los ojos, uno de ellos todavía parecía un poco más grande que el otro; no sabía cómo lamer de una taza, y no hacía más que temblar y parpadear. Gerasim tomó suavemente la cabeza del

cachorro con dos dedos y sumergió su pequeña nariz en la leche. El cachorro de repente comenzó a lamer con avidez, a olfatear, a sacudirse y a atragantarse. Gerasim lo observaba y de repente se rió a carcajadas... Toda la noche estuvo cuidándolo, manteniéndolo cubierto y secándolo. Finalmente, él mismo se quedó dormido y durmió tranquilamente y felizmente a su lado.

Ninguna madre podría haber cuidado de su bebé como Gerasim cuidó de su pequeña protegida. Al principio, resultó ser una hembra, era muy débil, frágil y fea, pero poco a poco se fue haciendo más fuerte y mejorando en aspecto, y, gracias al incansable cuidado de su salvador, en ocho meses se transformó en una perra muy bonita de la raza spaniel, con orejas largas, cola en espiral tupida y grandes ojos expresivos. Estaba devotamente apegada a Gerasim y nunca se alejaba más de un metro de su lado; siempre lo seguía moviendo la cola. Incluso le había dado un nombre: los mudos saben que sus ruidos inarticulados llaman la atención de los demás. La llamó Mumu. Todos los sirvientes de la casa también le gustaban y la llamaban Mumu. Era muy inteligente, amigable con todos, pero solo tenía cariño por Gerasim. Gerasim, por su parte, la quería apasionadamente y no le gustaba cuando otras personas la acariciaban; ya fuera por miedo a que le hicieran daño o por celos, ¡Dios sabe! Ella solía despertarlo por la mañana, tirando de su abrigo; solía tomar las riendas en su boca y traerle el viejo caballo que llevaba el agua, con el cual estaba en muy buenos términos. Con un aire de gran importancia, solía ir con él al río; solía cuidar sus escobas y palas, y nunca permitía que nadie entrara en su desván. Él cortó un pequeño agujero en su puerta especialmente para ella, y parecía sentir que solo en el desván de Gerasim era completamente dueña y se sentía como en casa; y en cuanto entraba, saltaba con aire satisfecho sobre la cama. Por la noche no dormía en absoluto, pero nunca ladraba sin una causa justificada, como algún estúpido perro de casa, que, sentado sobre sus patas traseras, parpadeando, con la nariz en el aire, ladra simplemente por aburrimiento, a las estrellas, usualmente tres veces seguidas. ¡No! La delicada vocecita de Mumu nunca se elevaba sin una buena

razón; ya sea porque algún extraño pasaba cerca de la valla, o había algún sonido o susurro sospechoso en alguna parte... En realidad, era una excelente perra guardiana. Es cierto que había otro perro en el patio, un viejo perro leonado con manchas marrones llamado Lobo, pero nunca, ni siquiera de noche, lo soltaban de la cadena; y, de hecho, estaba tan decrepito que ni siquiera deseaba la libertad. Solía acurrucarse en su perrera y solo raramente emitía un ladrido somnoliento, casi sin ruido, que se cortaba de inmediato, como si él mismo fuera consciente de su inutilidad. ¿Mumu nunca entraba en la casa de la señora? y cuando Gerasim llevaba leña a las habitaciones, siempre se quedaba atrás, esperándolo impacientemente en los escalones, aguzando las orejas y girando la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda ante el más mínimo crujido de la puerta...

Así pasó otro año. Gerasim seguía desempeñando sus funciones como portero de la casa y estaba muy contento con su suerte, cuando de repente ocurrió un incidente inesperado... Un hermoso día de verano, la anciana dama paseaba de arriba abajo por el salón con sus dependientes. Estaba de muy buen humor; se reía y hacía bromas. Sus serviles acompañantes también reían y hacían bromas, pero no se sentían particularmente alegres; al personal de la casa no le gustaba mucho cuando su señora estaba de ánimo jovial, porque, para empezar, esperaba de todos una participación pronta y completa en su alegría, y se enfurecía si alguien mostraba un rostro que no irradiara felicidad; y en segundo lugar, estos arrebatos nunca duraban mucho con ella y solían ser seguidos por un humor agrio y sombrío. Ese día se había levantado en

una hora afortunada; en las cartas sacó los cuatro jotas, lo que significa la realización de los deseos (solía probar su suerte con las cartas todas las mañanas), y su té le pareció particularmente delicioso, por lo que su criada fue recompensada con palabras de elogio y con dos peniques. Con una dulce sonrisa en sus arrugados labios, la dama caminaba por el salón y se acercó a la ventana. Un jardín de flores había sido dispuesto frente a la ventana, y en el mismo parterre central, bajo un arbusto de rosas, yacía Mumu ocupada mordisqueando un hueso. La dama la vio.

"¡Dios mío!" exclamó de repente; "¿qué perro es ese?"

La compañera a quien la anciana se dirigía vaciló, pobre cosa, en ese miserable estado de inquietud que es común en cualquier persona en una posición dependiente que no sabe muy bien qué significado dar a la exclamación de un superior.

"No l... l... lo sé," tartamudeó; "me imagino que es el perro del hombre mudo."

"¡Dios mío!" la señora la cortó; "¡pero es un perrito encantador! Ordena que lo traigan. ¿Hace mucho que lo tiene? ¿Cómo es que nunca lo he visto antes?... Ordena que lo traigan."

La compañera voló inmediatamente al vestíbulo.

"¡Niño, niño!" gritó; "¡trae a Mumu de inmediato! Está en el jardín de flores."

"Entonces, se llama Mumu," observó la señora; "un nombre muy bonito."

"Oh, muy bonito, de hecho!" se unió la compañera.

"¡Date prisa, Stepan!"

Stepan, un joven robusto cuyas funciones eran las de un lacayo, corrió a toda prisa al jardín de flores e intentó capturar a Mumu, pero ella hábilmente se le escapó de entre los dedos y, con la cola en el aire, huyó a toda velocidad hacia Gerasim, quien en ese momento estaba en la cocina, sacando y limpiando un barril, volteándolo en sus manos como un tambor de niño. Stepan la persiguió e intentó atraparla justo a los pies de su amo; pero la inteligente perra no permitió que un extraño la tocara y, con un salto, se escapó. Gerasim observó con una sonrisa todo este alboroto; finalmente, Stepan se levantó, muy sorprendido, y se apresuró a explicarle por señas que la señora quería que le llevaran el perro. Gerasim estaba un poco sorprendido; sin embargo, llamó a Mumu, la recogió y se la entregó a Stepan. Stepan la llevó al salón y la dejó en el suelo de parqué. La anciana comenzó a llamar al perro con voz melosa. Mumu, que nunca en su vida había estado en

apartamentos tan magníficos, estaba muy asustada y se lanzó hacia la puerta, pero, siendo rechazada por el obsequioso Stepan, comenzó a temblar y se acurrucó cerca de la pared.

"Mumu, Mumu, ven a mí, ven a tu ama," dijo la dama; "ven, tontita... no tengas miedo."

"Ven, Mumu, ven con la ama," repitieron las compañeras.
"¡Vamos!"

Pero Mumu miró a su alrededor inquieta y no se movió.

"Tráele algo de comer," dijo la anciana. "¡Qué estúpida es! no viene a su ama. ¿De qué tiene miedo?"

"No está acostumbrada a su excelencia todavía," se aventuró a decir una de las compañeras con voz tímida y conciliatoria. Stepan trajo un platillo de leche y lo puso delante de Mumu, pero Mumu ni siquiera olfateó la leche y siguió temblando y mirando a su alrededor como antes.

"¡Ah, qué tonta eres!" dijo la dama y, acercándose, se inclinó para acariciarla, pero Mumu giró bruscamente la cabeza y mostró los dientes. La dama retiró rápidamente su mano...

Siguió un silencio momentáneo. Mumu emitió un gemido leve, como si quisiera quejarse y disculparse... La anciana se alejó frunciendo el ceño. El movimiento repentino del perro la había asustado.

"¡Ah!" gritaron todas las compañeras a la vez, "¿no te ha mordido, verdad? ¡Dios no lo quiera! (Mumu nunca había mordido a nadie en su vida.) ¡Ah! ¡ah!"

"Llévensela," dijo la anciana con voz cambiada. "¡Perrita desdichada! ¡Qué criatura tan maliciosa!"

Y, dándose la vuelta deliberadamente, se dirigió hacia su boudoir. Sus compañeras se miraron tímidamente entre sí y estaban a punto de seguirla, pero ella se detuvo, las miró fríamente y dijo: "¿Y eso por qué, por favor? No las he llamado," y salió.

Las compañeras hicieron gestos de desesperación a Stepan. Él recogió a Mumu y la lanzó de inmediato fuera de la puerta, justo a los pies de Gerasim, y media hora después reinaba una profunda tranquilidad en la casa, y la anciana se sentaba en su sofá, luciendo más negra que una nube de tormenta.

¡Qué pequeñeces, si lo piensas, a veces perturban a alguien!

Hasta la tarde, la dama estuvo de mal humor; no habló con nadie, no jugó a las cartas y pasó una mala noche. Le pareció que el agua de colonia que le dieron no era la misma que solía tener, y que su almohada olía a jabón, y hizo que la encargada del armario olfateara toda la ropa de cama; en resumen, estaba muy alterada y de mal humor en general. A la mañana siguiente, ordenó que llamaran a Gavrila una hora antes de lo habitual.

"Dime, por favor," comenzó, en cuanto este último, no sin cierta inquietud interna, cruzó el umbral de su boudoir, "¿qué perro estuvo ladrando toda la noche en nuestro patio? No me dejó dormir."

"Un perro, señora... ¿qué perro, señora...? tal vez, el perro del hombre mudo," dijo con voz algo inestable.

"No sé si era el perro del hombre mudo o de quién, pero no me dejó dormir. Y me pregunto para qué tenemos tantos perros. Quiero saber. Tenemos un perro de patio, ¿no es así?"

"Oh sí, señora, lo tenemos, señora. Lobo, señora."

"Bueno, ¿para qué más? ¿Para qué queremos más perros? Simplemente introduce desorden. Nadie tiene control en la casa, eso es lo que pasa. ¿Y para qué quiere el hombre mudo un perro? ¿Quién le dio permiso para tener perros en mi patio? Ayer me asomé a la ventana, y ahí estaba tumbado en el jardín de flores; había arrastrado alguna porquería que estaba roendo, y ahí tengo plantadas mis rosas..."

La dama se detuvo.

"Que se vaya hoy mismo... ¿me oyes?"

"Sí, señora."

"Hoy. Ahora vete. Luego te llamaré para el informe."

Gavrila se fue.

Al pasar por el salón, el mayordomo, en aras de mantener el orden, movió una campanilla de una mesa a otra; se sonó la nariz furtivamente en el pasillo, como un pato, y salió al vestíbulo exterior. En el vestíbulo exterior, sobre un banco, estaba Stepan durmiendo en la postura de un guerrero caído en una pintura de batallón, con las piernas desnudas sobresaliendo por debajo del abrigo que le servía de manta. El mayordomo le dio un empujón y le susurró algunas instrucciones, a las que Stepan respondió con algo entre un bostezo y una risa. El mayordomo se fue y Stepan se levantó, se puso el abrigo y las botas, salió y se paró en los escalones. No habían pasado cinco minutos cuando Gerasim apareció con un enorme fardo de troncos cortados a la espalda, acompañado de la inseparable Mumu. (La señora había ordenado que su dormitorio y su tocador fueran calentados a veces incluso en verano.) Gerasim se giró de lado ante la puerta, la empujó con el hombro y entró tambaleándose a la casa con su carga. Mumu, como de costumbre, se quedó atrás esperándolo. Entonces Stepan, aprovechando la oportunidad, se lanzó sobre ella de repente, como un halcón sobre un pollo, la sujetó contra el suelo, la recogió en sus brazos y sin siquiera ponerse el gorro, salió corriendo del patio con ella, se montó en el primer coche que encontró y galopó hacia un mercado. Allí pronto encontró un comprador, a quien se la vendió por un chelín, con la condición de que la mantuviera atada al menos una semana; luego regresó de inmediato. Pero antes de llegar a casa, se bajó del coche y, dando toda la vuelta al patio, saltó la valla al patio desde una calle trasera. Temía pasar por la puerta por miedo a encontrarse con Gerasim.

Su ansiedad era innecesaria, sin embargo; Gerasim ya no estaba en el patio. Al salir de la casa, de inmediato notó la falta de Mumu. Nunca recordaba que ella fallara en esperar su regreso y comenzó a correr de un lado a otro, buscándola y llamándola a su manera...

Corrió a su desván, al pajar, salió a la calle, hacia aquí y hacia allá... ¡Se había perdido! Se dirigió a los otros siervos, con los signos más desesperados, les preguntó sobre ella, señalando su altura desde el suelo, describiéndola con las manos... Algunos realmente no sabían qué había sido de Mumu y simplemente movieron la cabeza; otros sí sabían y le sonrieron como toda respuesta; mientras que el mayordomo adoptó un aire importante y comenzó a regañar a los cocheros. Entonces Gerasim corrió directamente fuera del patio.

Era de noche cuando regresó. Por su aspecto desgastado, su andar inestable y su ropa polvorienta, se podría suponer que había estado corriendo por media Moscú. Se detuvo frente a las ventanas de la casa de la señora, echó un vistazo a los escalones donde se aglomeraba un grupo de siervos de la casa, se volvió y pronunció una vez más su inarticulado "Mumu". Mumu no respondió. Se fue. Todos lo miraron, pero nadie sonrió ni dijo una palabra, y el curioso postillón Antipka informó a la mañana siguiente en la cocina que el hombre mudo había estado gimiendo toda la noche.

Al día siguiente, Gerasim no se mostró, de modo que tuvieron que enviar al cochero Potap a buscar agua en su lugar, lo cual no le agradó en absoluto al cochero Potap. La señora preguntó a Gavrilá si se habían cumplido sus órdenes. Gavrilá respondió que sí. A la mañana siguiente, Gerasim salió de su desván y se puso a trabajar. Entró a comer su almuerzo, lo comió y salió de nuevo, sin saludar a nadie. Su rostro, que siempre había sido inexpresivo, como el de todos los sordomudos, ahora parecía haberse vuelto de piedra. Después del almuerzo, salió del patio de nuevo, pero no por mucho tiempo; regresó y subió directamente al desván de heno. Llegó la noche, una noche clara iluminada por la luna. Gerasim yacía respirando pesadamente y girando de lado a lado sin cesar. De repente, sintió que algo tiraba del faldón de su abrigo. Se sobresaltó, pero no levantó la cabeza, e incluso cerró los ojos más fuerte. Pero nuevamente hubo un tirón, más fuerte que antes; saltó... frente a él, con un extremo de cuerda alrededor del cuello, estaba Mumu, retorciéndose y girando. Un prolongado grito de alegría brotó de su pecho mudo; levantó a Mumu y la abrazó fuertemente en sus

brazos, ella le lamió la nariz, los ojos, la barba y el bigote, todo en un instante... Se quedó un poco, pensó un minuto, bajó con cautela del desván de heno, miró a su alrededor y, al asegurarse de que nadie podía verlo, se dirigió exitosamente a su desván. Gerasim ya había adivinado antes que su perro no se había perdido por su cuenta, que debió haber sido llevada por órdenes de la señora; los sirvientes le habían explicado por señas que su Mumu había gruñido a ella, y decidió tomar sus propias medidas. Primero alimentó a Mumu con un poco de pan, la mimó y la acostó, luego se puso a meditar y pasó toda la noche meditando cómo podría ocultarla mejor. Al final decidió dejarla todo el día en el desván y solo entrar de vez en cuando para verla y sacarla por la noche. El agujero en la puerta lo tapó efectivamente con su viejo abrigo, y casi antes de que amaneciera ya estaba en el patio, como si nada hubiera pasado, incluso—¡ingenua astucia!—con la misma expresión de melancolía en su rostro. Ni siquiera se le ocurrió al pobre hombre sordo que Mumu se delataría a sí misma con su llanto; en realidad, pronto todos en la casa se dieron cuenta de que el perro del hombre mudo había regresado y estaba encerrado en su desván, pero por simpatía hacia él y hacia ella, y en parte, quizás, por miedo a él, no le hicieron saber que habían descubierto su secreto. El mayordomo se rascó la cabeza y dio un gesto de desesperación con su cabeza, como diciendo: "Bueno, bueno, ¡Dios tenga misericordia de él! ¡Con tal de que no llegue a oídos de la señora!"

Pero el hombre mudo nunca había mostrado tanta energía como aquel día; limpió y raspó todo el patio, arrancó con sus propias manos cada mala hierba, revisó cada estaca de la valla del jardín de flores para asegurarse de que estuvieran firmes y, sin ayuda, las volvió a colocar; en resumen, trabajó y se esforzó tanto que incluso la anciana notó su celo. Dos veces durante el día, Gerasim fue sigilosamente a ver a su prisionera; cuando llegó la noche, se acostó a dormir con ella en el desván, no en el pajar, y solo a las dos de la madrugada salió a darle un paseo al aire fresco. Después de caminar un buen rato por el patio con ella, justo cuando estaba a punto de regresar, de repente se oyó un ruido detrás de la valla del lado de la

calle trasera. Mumu levantó las orejas, gruñó, se acercó a la valla, olfateó y lanzó un fuerte ladrido agudo. Algún borracho había decidido refugiarse bajo la valla para pasar la noche. En ese mismo momento, la anciana acababa de dormirse después de un prolongado ataque de "agitación nerviosa"; estos ataques de agitación siempre la sobrevinieron después de una cena demasiado copiosa. El ladrido repentino la despertó: su corazón palpitaba y se sentía débil. "¡Chicas, chicas!" gemía. "¡Chicas!" Las criadas aterrorizadas corrieron a su dormitorio. "¡Oh, oh, estoy muriendo!" dijo, agitando los brazos en su agitación. "¡Otra vez, ese perro, otra vez!... Oh, llamen al doctor. Quieren matarme... El perro, el perro otra vez! ¡Oh!" Y dejó caer la cabeza hacia atrás, lo que siempre significaba un desmayo. Corrieron a buscar al doctor, es decir, al médico de la casa, Hariton. Este doctor, cuya única cualificación consistía en usar zapatos de suela suave, sabía cómo tomar el pulso delicadamente. Solía dormir catorce horas de las veinticuatro, pero el resto del tiempo siempre estaba suspirando y continuamente dosificando a la anciana con gotas de cereza. Este doctor subió enseguida, fumigó la habitación con plumas quemadas y, cuando la anciana abrió los ojos, le ofreció prontamente un vaso de vino con las sagradas gotas en una bandeja de plata. La anciana las tomó, pero comenzó de nuevo enseguida con una voz llorosa a quejarse del perro, de Gavrila y de su destino, declarando que era una pobre anciana y que todos la habían abandonado, nadie la compadecía, todos deseaban su muerte. Mientras tanto, la desafortunada Mumu seguía ladrando, mientras Gerasim intentaba en vano llamarla lejos de la valla. "Allí... allí... otra vez," gemía la anciana, y una vez más volvía los blancos de sus ojos. El doctor le susurró a una criada, ella corrió al vestíbulo y sacudió a Stepan, él corrió a despertar a Gavrila, Gavrila furioso ordenó a todo el hogar levantarse.

Gerasim se giró, vio luces y sombras moviéndose en las ventanas y, con un instinto de problemas venideros en su corazón, puso a Mumu bajo su brazo, corrió a su desván y se encerró. Unos minutos más tarde, cinco hombres estaban golpeando su puerta, pero al sentir la resistencia del cerrojo, se detuvieron. Gavrila llegó en un

estado de ánimo terrible y ordenó a todos esperar allí y vigilar hasta la mañana. Luego voló él mismo a los cuartos de las criadas y, a través de una vieja compañera, Liubov Liubimovna, con cuya ayuda solía robar té, azúcar y otros comestibles y falsificar las cuentas, envió palabra a la señora de que el perro desafortunadamente había vuelto de algún lugar, pero que mañana sería sacrificada, y que la señora fuera tan amable de no enojarse y pasarlo por alto. La anciana probablemente no se habría calmado tan pronto, pero el doctor, en su prisa, le había dado cuarenta gotas en lugar de doce. La fuerte dosis de narcótico actuó; en un cuarto de hora la anciana estaba en un sueño profundo y tranquilo; mientras Gerasim yacía con la cara blanca en su cama, manteniendo la boca de Mumu firmemente cerrada.

A la mañana siguiente, la señora se despertó bastante tarde. Gavrila estaba esperando a que se despertara para dar la orden de un asalto final a la fortaleza de Gerasim, mientras se preparaba para enfrentarse a una tempestad temible. Pero la tormenta no ocurrió. La anciana permaneció en cama y llamó a la mayor de sus compañeras dependientes.

"Liubov Liubimovna," comenzó con una voz débil y apagada—le gustaba jugar el papel de una víctima oprimida y abandonada; no hace falta decir que todos en la casa se sentían extremadamente incómodos en tales momentos—"Liubov Liubimovna, ves mi situación; ve, querida, a Gavrila Andréievich, y habla un poco con él. ¿Realmente puede valorar a algún miserable chucho por encima del reposo—la misma vida—de su señora? No soportaría pensar eso," agregó, con una expresión de profundo sentimiento. "Ve, querida; sé tan amable de ir a Gavrila Andréievich por mí."

Liubov Liubimovna fue a la habitación de Gavrila. Qué conversación tuvieron no se sabe, pero poco tiempo después, una multitud entera se movía por el patio en dirección al desván de Gerasim. Gavrila caminaba al frente, sujetándose la gorra con la mano, aunque no había viento. Los lacayos y cocineros estaban justo detrás de él; el Tío Cola miraba desde una ventana, dando

instrucciones, es decir, simplemente agitando las manos. Al final había una multitud de niños pequeños saltando y brincando; la mitad de ellos eran forasteros que se habían acercado. En la estrecha escalera que llevaba al desván, se sentaba un guardia; en la puerta estaban otros dos con palos. Comenzaron a subir las escaleras, que bloquearon por completo. Gavrila se acercó a la puerta, golpeó con el puño, gritando, "¡Abre la puerta!"

Se oyó un ladrido ahogado, pero no hubo respuesta.

"Te digo que abras la puerta," repitió.

"Pero, Gavrila Andréievich," observó Stepan desde abajo, "es sordo, ya sabes, no oye."

Todos se rieron.

"¿Qué vamos a hacer?" dijo Gavrila desde arriba.

"Pues hay un agujero ahí en la puerta," respondió Stepan, "así que sacude el palo por ahí."

Gavrila se inclinó.

"Lo ha tapado con un abrigo o algo."

"Pues empuja el abrigo hacia adentro."

En ese momento se oyó de nuevo un ladrido ahogado.

"Vean, vean, ella habla por sí misma," se comentó entre la multitud, y de nuevo se rieron. Gavrila se rascó la oreja.

"No, amigo," respondió al fin, "si quieres, puedes empujar tú el abrigo."

"Está bien, déjame a mí."

Y Stepan se apresuró, tomó el palo, empujó el abrigo hacia adentro y comenzó a mover el palo en la abertura, diciendo: "¡Sal, sal!" mientras lo hacía. Todavía estaba moviendo el palo, cuando de repente la puerta del desván se abrió de golpe; toda la multitud voló de cabeza por las escaleras al instante, Gavrila el primero de todos. El Tío Cola cerró la ventana.

"¡Ven, ven, ven!" gritó Gavrila desde el patio, "ten cuidado con lo que haces."

Gerasim se quedó sin moverse en su umbral. La multitud se congregó al pie de las escaleras. Gerasim, con los brazos en jarras, miró hacia abajo a todas estas pobres criaturas con abrigos alemanes; con su camisa roja de campesino parecía un gigante frente a ellos. Gavrila dio un paso hacia adelante.

"Cuidado, amigo," dijo él, "no seas insolente."

Y comenzó a explicarle por señas que la señora insiste en tener su perro; que debe entregarlo de inmediato, o las cosas se pondrían peor para él.

Gerasim lo miró, señaló al perro, hizo un movimiento con su mano alrededor de su cuello, como si estuviera apretando un lazo, y miró con cara de interrogación al mayordomo.

"Sí, sí," asintió este último, asintiendo con la cabeza; "sí, justo así."

Gerasim bajó la vista, luego de repente se animó y señaló a Mumu, que todo el tiempo había estado parada a su lado, moviendo inocentemente la cola y levantando las orejas inquisitivamente. Luego repitió la acción de estrangulamiento alrededor de su cuello y se golpeó significativamente el pecho, como anunciando que él tomaría sobre sí la tarea de matar a Mumu.

"Pero nos engañarás," Gavrila respondió con un gesto de rechazo.

Gerasim lo miró, sonrió con desdén, se golpeó de nuevo el pecho y cerró la puerta de golpe.

Todos se miraron en silencio.

"¿Qué significa eso?" comenzó Gavrila.

"Se ha encerrado."

"Déjalo estar, Gavrila Andréievich," aconsejó Stepan; "lo hará si lo ha prometido. Es así, ya sabes... Si promete algo, es cosa segura. No

es como nosotros en eso. Con él, la verdad es la verdad. Sí, de verdad."

"Sí," repitieron todos asintiendo con la cabeza, "sí, es así, sí."

El Tío Cola abrió su ventana, y él también dijo, "Sí."

"Bueno, tal vez, veremos," respondió Gavrila; "de todas formas, no quitaremos la guardia. ¡Tú, Eroshka!" añadió, dirigiéndose a un pobre hombre con un abrigo de nanquín amarillo, quien se consideraba jardinero, "¿qué tienes que hacer? Toma un palo y siéntate aquí, y si pasa algo, corre enseguida a avisarme!"

Eroshka tomó un palo y se sentó en el escalón más bajo. La multitud se dispersó, todos excepto unos pocos niños pequeños curiosos, mientras Gavrila se fue a casa y envió a través de Liubov Liubimovna palabra a la señora de que todo se había hecho, al tiempo que envió a un postillón por un policía en caso de necesidad. La anciana hizo un nudo en su pañuelo, roció un poco de agua de colonia en él, lo olió, se frotó las sienes con él, bebió un poco de té y, aún bajo el efecto de las gotas de cereza, se volvió a dormir.

Una hora después de todo este alboroto, la puerta del desván se abrió y Gerasim se mostró. Llevaba su mejor abrigo; estaba llevando a Mumu con una cuerda. Eroshka se hizo a un lado y lo dejó pasar. Gerasim fue hacia las puertas. Todos los niños pequeños del patio lo miraron en silencio. Ni siquiera se volvió; solo se puso la gorra en la calle. Gavrila envió al mismo Eroshka a seguirlo y vigilarlo como espía. Eroshka, viendo desde la distancia que había entrado en un puesto de comida con su perro, esperó a que saliera de nuevo.

Gerasim era bien conocido en el puesto de comida, y sus señas eran entendidas. Pidió sopa de col con carne y se sentó con los brazos sobre la mesa. Mumu se paró junto a su silla, mirándolo tranquilamente con sus ojos inteligentes. Su pelaje estaba brillante; se podía ver que acababa de ser peinada. Le trajeron a Gerasim la sopa. Desmenuzó algo de pan en ella, cortó la carne en pedazos pequeños y puso el plato en el suelo. Mumu comenzó a comer de su manera refinada habitual, sosteniendo su pequeño hocico

delicadamente para apenas tocar su comida. Gerasim la miró durante mucho tiempo; dos grandes lágrimas rodaron repentinamente de sus ojos; una cayó en la frente del perro, la otra en la sopa. Se cubrió la cara con la mano. Mumu comió la mitad del plato y se alejó de él, lamiéndose los labios. Gerasim se levantó, pagó la sopa y salió, seguido por las miradas perplejas del camarero. Eroshka, al ver a Gerasim, se escondió detrás de una esquina y, dejándolo adelantarse, lo siguió de nuevo.

Gerasim caminó sin prisa, aún llevando a Mumu con una cuerda. Cuando llegó a la esquina de la calle, se detuvo como reflexionando, y de repente se dirigió con pasos rápidos hacia el Vado de Crimea. En el camino, entró en el patio de una casa donde se estaba construyendo una caseta, y se llevó dos ladrillos bajo el brazo. En el Vado de Crimea, giró a lo largo de la orilla, fue a un lugar donde había dos pequeñas barcas de remos amarradas a estacas (ya las había notado antes) y saltó en una de ellas con Mumu. Un viejo cojo salió de un cobertizo en la esquina de un huerto y le gritó; pero Gerasim solo asintió, y comenzó a remar con tanta fuerza, aunque contra corriente, que en un instante se había alejado doscientos metros. El viejo se quedó un rato, se rascó la espalda primero con la izquierda y luego con la derecha, y volvió cojeando al cobertizo.

Gerasim remaba sin parar. Moscú pronto quedó atrás. Prados a ambos lados de la orilla, huertas, campos y bosquecillos; comenzaron a aparecer las cabañas de los campesinos. Se respiraba el aroma del campo. Dejó caer los remos, inclinó la cabeza hacia Mumu, que estaba sentada frente a él en un asiento transversal seco—el fondo de la barca estaba lleno de agua—y se quedó inmóvil, con sus poderosas manos juntas sobre su espalda, mientras la barca era gradualmente llevada de vuelta por la corriente hacia la ciudad. Finalmente, Gerasim se enderezó apresuradamente, con una especie de ira enfermiza en su rostro, ató los ladrillos que había tomado con una cuerda, hizo un nudo corredizo, lo puso alrededor del cuello de Mumu, la levantó sobre el río y por última vez la miró... Ella lo observó confiada y sin ningún miedo, moviendo suavemente la cola. Él se volvió, frunció el ceño y se retorció las manos... Gerasim no

oyó nada, ni el agudo gemido de Mumu al caer, ni el pesado chapoteo en el agua; para él el día más ruidoso era silencioso y mudo como incluso la noche más tranquila no lo es para nosotros. Cuando abrió los ojos de nuevo, pequeñas ondulaciones se apresuraban sobre el río, persiguiéndose unas a otras; como antes, rompían contra el costado de la barca, y solo lejos detrás, grandes círculos se expandían hacia la orilla.

Directamente después de que Gerasim desapareciera de la vista de Eroshka, este último regresó a casa e informó lo que había visto.

"Bueno, entonces," observó Stepan, "la ahogará. Ahora podemos estar tranquilos al respecto. Si él promete algo..."

Nadie vio a Gerasim durante el día. No cenó en casa. Llegó la noche; todos se reunieron para cenar, excepto él.

"¡Qué criatura tan extraña es ese Gerasim!" exclamó una lavandera gorda; "imagínate, alterarse así por un perro... ¡Palabra!"

"Pero Gerasim ha estado aquí," gritó de repente Stepan, raspando su gachas con una cuchara.

"¿Cómo? ¿Cuándo?"

"Pues, hace un par de horas. ¡Sí, en serio! Me lo encontré en la puerta; estaba saliendo de nuevo de aquí; salía del patio. Intenté preguntarle por su perro, pero no estaba de muy buen humor, eso pude ver. Bueno, me dio un empujón; supongo que solo quería quitarme de en medio, como diciendo, 'Déjame ir, ¿quieres?' pero me dio tal golpe en el cuello, tan fuerte, que—¡ay! ¡ay!" Y Stepan, que no pudo evitar reírse, se encogió de hombros y se frotó la nuca. "Sí," añadió; "tiene un puño; es algo parecido a un puño, no se puede negar eso."

Todos se rieron de Stepan, y después de la cena se separaron para ir a dormir.

Mientras tanto, en ese mismo momento, una figura gigantesca con una bolsa sobre sus hombros y un palo en su mano, avanzaba con determinación y prisa por la carretera T———. Era Gerasim. Se

apresuraba sin mirar atrás; apresurándose hacia su hogar, a su propia aldea, a su propio país. Después de ahogar a la pobre Mumu, había corrido de vuelta a su desván, empacó apresuradamente algunas cosas en un viejo paño de caballo, lo ató en un bulto, lo lanzó sobre su hombro y así estaba listo. Había observado cuidadosamente el camino cuando fue traído a Moscú; la aldea de la que su señora lo había tomado estaba a solo unas veinte millas de la carretera principal. Caminó por ella con una especie de propósito invencible, una determinación desesperada y al mismo tiempo alegre. Caminaba, con los hombros hacia atrás y el pecho expandido; sus ojos estaban fijos ávidamente justo delante de él. Se apresuraba como si su anciana madre lo estuviera esperando en casa, como si lo llamara a ella después de largas andanzas en lugares extraños, entre extraños. La noche de verano, que justo comenzaba a caer, estaba tranquila y cálida; de un lado, donde el sol se había puesto, el horizonte aún estaba iluminado y débilmente teñido con el último resplandor del día desaparecido; del otro lado, un crepúsculo azul-gris ya había surgido. La noche venía de esa dirección. Los codornices estaban en cientos alrededor; los rascónes se llamaban unos a otros en los matorrales... Gerasim no podía oírlos; no podía oír el delicado susurro nocturno de los árboles, por los cuales sus fuertes piernas lo llevaban, pero olía el aroma familiar del centeno madurando, que se desprendía de los oscuros campos: sentía el viento, volando a su encuentro—el viento de casa golpeaba cariñosamente su cara y jugaba con su cabello y su barba. Veía delante de él el camino blanquecino hacia su hogar, recto como una flecha. Veía en el cielo innumerables estrellas iluminando su camino, y avanzaba, fuerte y valiente como un león, de modo que cuando el sol naciente derramaba su luz rosada y húmeda sobre el viajero aún fresco y sin cansancio, ya treinta millas yacían entre él y Moscú.

En un par de días estaba en casa, en su pequeña cabaña, para gran asombro de la mujer del soldado que había sido puesta allí. Después de rezar ante los iconos sagrados, se dirigió de inmediato al anciano del pueblo. El anciano del pueblo al principio se sorprendió; pero justo había comenzado la siega del heno; Gerasim era un

segador de primera, y en el acto le pusieron una guadaña en la mano y fue a segar a su antigua manera, segando de tal manera que los campesinos se asombraban al ver sus amplios golpes de siega y los montones que amontonaba...

En Moscú, al día siguiente de la fuga de Gerasim, lo echaron de menos. Fueron a su desván, rebuscaron en él y hablaron con Gavrila. Él vino, miró, se encogió de hombros y decidió que el mudo había huido o se había ahogado con su estúpida perra. Dieron aviso a la policía e informaron a la señora. La anciana se enfureció, rompió a llorar, dio órdenes de que lo encontraran cueste lo que cueste, declaró que nunca había ordenado que se destruyera al perro y, de hecho, reprendió a Gavrila de tal manera que todo lo que pudo hacer durante todo el día fue sacudir la cabeza y murmurar, "¡Vaya!" hasta que el Tío Cola finalmente lo calmó, haciéndose eco con simpatía de "¡Vaya!". Al final, llegaron noticias del campo de que Gerasim estaba allí. La anciana se calmó un poco; al principio emitió un mandato para que lo trajeran de vuelta sin demora a Moscú; después, sin embargo, declaró que tal criatura ingrata no le era absolutamente de ninguna utilidad. Poco después de esto murió ella misma; y sus herederos no tuvieron tiempo para preocuparse por Gerasim; permitieron que los otros sirvientes de su madre redimieran su libertad pagando un alquiler anual.

Y Gerasim sigue viviendo, un hombre solitario en su solitaria cabaña; está fuerte y saludable como antes, y hace el trabajo de cuatro hombres como antes, y como antes es serio y constante. Pero sus vecinos han observado que desde su regreso de Moscú ha renunciado por completo a la compañía de mujeres; ni siquiera las mirará, y no mantiene ni un solo perro. "Es su buena suerte, sin embargo," razonan los campesinos, "que pueda arreglárselas sin mujeres; y en cuanto a un perro, ¿para qué necesita él un perro? ¡no conseguirías que un ladrón entrara en su patio por ningún dinero!" Tal es la fama de la titánica fuerza del hombre mudo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [Mumú - Iván Turguénev](#)
2. [Mumú](#)
3. [Iván Turguénev](#)